

LA ILUSTRACIÓN EN EUROPA Y SUS CRITERIOS SOBRE EL MUNDO CLÁSICO

JOSÉ MARÍA DE PERALTA Y SOSA

En el permanente cambiar de los tiempos y más aún de las ideas, en una época en que el hombre más que nunca se siente dueño de sí, de las ciencias y de las artes, dueño del mundo, se nos presenta la Ilustración como fruto sazonado y maduro, a distancia del Renacimiento, pues el siglo XVIII "es un proceso regular que se inicia en el Renacimiento y concluye con el Romanticismo"¹. Dejamos de momento la influencia renacentista en los espíritus "ilustrados", influencia que cual espléndida luminaria guió su constante anhelo de superación, salvando una época a la que los ilustrados tacharon de obscurantista, cual es el Barroco. No es de extrañar esta actitud hostil frente al próximo pasado, pues, siempre las nuevas generaciones han tachado de falta de vigor combativo, de espíritu de conquista, de deseos de transcendencia hacia algo mejor, hacia algo nuevo, a las generaciones de sus mayores.

Todas las generaciones más que pararse a revisar la obra de sus antepasados, han preferido abandonarlo como caduco, como trasnochado, y han pretendido descubrir nuevos nortes y más brillantes derroteros a sus anhelos de superación.

Veamos previamente y con brevedad el contraste tan rudo que supone el siglo XVII, frente a su pretérito, el Renacimiento y frente a su futuro, la Ilustración.

Se ha querido representar con verdadera injusticia, al siglo XVII, como una auténtica Edad Media de las ciencias y las letras. En un doble error caen los que pretenden hacer tal comparación; el primero es considerar a la Edad Media como época retrógrada, inmóvil, paralizada y estéril, como si la Edad Media, después de la formación de los Estados, después de organizarse como países civilizados, tras el rudo golpe que hizo desaparecer el ya vacilante Imperio Romano, no hubiera sido la nodriza que preparara, cultivara y alentara al Renacimiento; pues bien, si pensar que sin la Edad Media no se hubiera podido dar el deslumbrante y esplendoroso Renacimiento constituye una falta de visión histórica imperdonable, más absurdo sería pensar que sin el vigor expansivo del siglo XVII, hubiera podido llegar a cristalizar el fenómeno cultural que significa la Ilustración.

El otro punto común entre los hombres del medievo y los del siglo XVII, es el orden, la jerar-

¹ TIerno GALVÁN, E.: Prólogo a la *Cultura de la Ilustración* de Benno von Wiese. Madrid, 1954: 11.

quía, la disciplina, la obediencia ciega al monarca, la separación de las clases sociales y la fe sin límites ni fronteras. La religiosidad que hace de la Edad Media una época de cruzados aventureros, de hombres que lo arriesgan todo por la fe y el amor a esta fe, caracteriza también a la cultura del Barroco en los países mediterráneos, que si bien no llevan a cabo nuevas Cruzadas, son portadores de su religiosidad al Nuevo Mundo descubierto en el Renacimiento.

"Ciertamente los hijos suelen criticar a los padres, imaginándose que van a rehacer un mundo que sólo los esperaba a ellos para hacerse mejor; pero los remolinos que agitan a las generaciones sucesivas, no bastan para explicar un cambio tan rápido como decisivo"². Si bien todos los pueblos jóvenes se sienten deseosos de cosas nuevas, de organizaciones más justas, más equitativas, más de acuerdo con sus anhelos, es el siglo XVIII el paladín, el que en un anhelo de mejora ocupa el primer puesto.

Todo lo que en el siglo XVII era fe, jerarquización, dogmas férreos e inquebrantables, se convierte en el siglo XVIII en libertad, teórica más que práctica, libertad de los espíritus más elevados, que no trasciende al pueblo, al cual se le considera menor por el Despotismo Ilustrado, y aunque los teorizantes pretendan hacerlo todo por el pueblo, en la realidad prescinden en un todo de él, considerándolo aún no preparado para gobernarse a sí mismo. Los dogmas religiosos tan rígidamente seguidos en la centuria anterior, son considerados retrógados y acabarán teniendo contra ellos una guerra sin cuartel. Algunos, en cambio, insistirán en la conveniencia de que el pueblo crea, pues creyendo, temerán al más allá, y temiendo obrarán mejor y obedecerán con más sumisión; así no se levantarán ni contra su soberano, ni contra la sociedad y su organización.

En su detestar todo lo que amasen sus inmediatos antecesores y no hallando coto a su anhelo de mutación, nos encontramos así mismo en el campo del Derecho con este ansia de cambio, detestando el Derecho Divino de los reyes del que tanto se vanagloriaron los políticos del XVII, y creando un nuevo Derecho, lejos de la Corona, que les fue dictado a los hombres por la naturaleza.

Este "Siglo de las Luces", como le apellidaron ellos mismos, contará entre sus hombres a quienes lleguen a renegar de la propia razón, y como Rousseau, consideren felices y dichosos a los pueblos primitivos, como los hotentotes, a los que al ponerles piedras sobre los parietales y no conociendo por esto la luz de la razón, vivan la auténtica vida animal. No constituye una excepción esta idea del filósofo ginebrino, pues a verdaderas legiones de escritores de todas las latitudes y lenguas, les molesta, les resulta pobre, estrecho y un poco falso e irreal aquel mundo en que vivían y aquella forma de vivir.

1. LA SOCIEDAD

Perdido el sentido de la obediencia y jerarquía, tuvo la sociedad que aceptar en todos los países el modelo francés del "Despotismo Ilustrado". Con esta fórmula, si no se conseguía encerrar en el mutismo deseado a las plumas de los escritores de todo orden, si se conseguía engañar al pueblo

² HAZARD, P.: *Crisis de la Conciencia europea*. Madrid, 1952: 11.

con una solución injusta, pero que aceptada con docilidad y resignación, dio un resultado mucho más útil y efectivo que cualquier otra de las fórmulas de transición tratadas de hallar por los consejeros de aquellas Cancillerías.

Aquella sociedad seguía dividida en clases o estamentos, y si en algunos países no era el Rey (único poder y representante nato de la nación) quién hacía a medida de su capricho, era entonces una camarilla, de la que se hacía rodear, la que gobernaba, constituyendo una oligarquía cerrada a todos los demás ciudadanos. Es en estos mismos años, en los que se escriben las más espléndidas páginas contra la esclavitud, y es en estos momentos cuando todos los escritores a una (cansados de aquel mundo de minué y peluca, de paseos en coches de briosos corceles, y chocolate en las casas de las más elegantes señoras) cuentan la vida libre, alegre, sin problemas ni trabas, de pueblos ignotos o inexistentes, de pueblos, acaso existentes, pero desconocidos para ellos, en donde ni el trabajo envilece ni se venera la tiranía, en donde un íntimo y fraternal abrazo une a los humanos habitantes de estas hipotéticas zonas, en que ni frío ni calor, ni hambre ni fatiga pueden turbar la felicidad de los seres. Son regiones ideales, de verdadera utopía, de ensueño de mentes que buscando un mundo mejor, más justo, han llegado a imaginar unos países más bien de ángeles que de hombres.

¿Por qué este anhelo, este deseo de buscar algo nuevo?. Podríamos contestar casi categóricamente con una frase un tanto atrevida: porque al ensalzar la fuerza frente al amor, la razón frente a la fe, la materia frente al espíritu, han creado un mundo demasiado material, y el espíritu ha tenido que ir a posarse a las tierras de nadie, al país de las ideas y allí poblarle de seres que aman y trabajan, que viven libres, pero unidos, no por leyes que tiranizan o esclavizan, sino por la ley del amor que honra y dignifica, que eleva al hombre más arriba y aúna sus esfuerzos para una empresa común y más elevada; la de vivir mejor, sin odios ni venganzas. De la falta de esta vida ideal soñada por los escritores, será fiel eco el siglo XIX que manchó con la sangre ardiente de la ferocidad y el odio, desde la corona real a la estameña del más humilde ciudadano.

De un modo negativo ha sido considerada la Ilustración por la mayoría de nuestros contemporáneos. Así la ve Wiesse: "Por Ilustración entendemos la moderna fase de la cultura europea, en la que al orden autoritario de la Edad Media, establecido sobre la salvación, se contraponen la soberanía de la razón abandonada a su propio juicio. La ciencia de la Ilustración viene determinada por lo pronto, de un modo negativo, por el alejamiento respecto de la cultura eclesiástica y teológica de la Edad Media, alejamiento que se llevó a cabo en el Renacimiento y en el siglo XVIII y su sucesiva transformación y disolución en el siglo XIX"³.

Hemos de decir que no se reduce sólo a esto la Ilustración, pues sus creadores con su filosofía política, van ante todo encaminados de un modo firme a la consecución de la felicidad material de los hombres, pues ellos creían conseguir con esto, la tan ansiada dicha, aunque la práctica en muchos casos les tuviera que dar un "mentis" rotundo.

Con el siglo XVIII viene un auténtico cambio en las costumbres de los ciudadanos, tanto

³ WIESSE, B.: *Cultura de la Ilustración*. Madrid, 1954: 21.

cortesanos como letrados, doble personalidad que en muchos casos confluyen en un mismo ser, constituyendo el eje o clave de este período histórico. Este cambio se manifiesta en las costumbres, en la educación y en todos los órdenes de la vida.

2. LA ENCICLOPEDIA

Gran acierto fue el que tuvo uno de los paladines y portaestandartes más auténtico de estos momentos, uno de los padres de *La Enciclopedia*, D'Alembert, quien en su obra *Elementos de Filosofía*⁴ dice que: "En cuanto observemos atentamente el siglo en que vivimos, en cuanto nos hagamos presentes los acontecimientos que se desarrollaron ante nuestros ojos, las costumbres que seguimos, las obras que producimos y hasta las conversaciones que mantenemos, no será difícil que nos demos cuenta del cambio notable que ha tenido lugar en todas nuestras ideas, cambio que, debido a su rapidez, promete todavía otro mayor para el futuro. Sólo con el tiempo será posible determinar con exactitud el objeto de esta mutación y señalar su naturaleza y sus límites, y la posteridad podrá reconocer sus defectos y sus excelencias mejor que nosotros.

"Nuestra época gusta de llamarse la "época de la Filosofía". De hecho, si examinamos sin prejuicio alguno la situación actual de nuestros conocimientos, no podemos negar que la Filosofía ha realizado entre nosotros grandes progresos.

"La ciencia de la Naturaleza adquiere día a día nuevas riquezas; la Geometría ensancha sus fronteras y ha llevado su antorcha a los dominios de la Física, que son los más cercanos; se conoce por fin el verdadero sistema del mundo, que ha sido desarrollado y perfeccionado. La ciencia natural ha cambiado su aspecto desde la Tierra hasta Saturno, desde la Historia de los cielos hasta la de los insectos, y con ella todas las demás Ciencias han cobrado una nueva forma.

"El estudio de la Naturaleza, considerado en sí mismo, parece un estudio frío y reposado, poco adecuado para excitar las pasiones. La satisfacción que nos proporciona se compagina más bien con un sentimiento tranquilo, constante y uniforme. Pero el descubrimiento de un nuevo método de filosofar despierta a través del entusiasmo que acompaña a todos los grandes hallazgos, un incremento general de las ideas. Todas estas causas han colaborado en la producción de una viva efervescencia de los espíritus. Esta efervescencia, que se extiende por todas partes, ataca con violencia a todo lo que se pone por delante, como una corriente que rompe sus diques.

"Todo ha sido discutido, analizado, removido, desde los principios de las Ciencias hasta los fundamentos de la Religión revelada, desde los problemas de la Metafísica hasta los del gusto, desde la música hasta la Moral, desde las cuestiones teológicas hasta las de la economía y el comercio, desde la política hasta el Derecho de gentes y el civil. Fruto de esta efervescencia general de los espíritus ha sido una nueva luz que se vierte sobre muchos objetos, y nuevas oscuridades que los cubren, como el flujo y el reflujo de la marea depositan en la orilla cosas nuevas y arrastran consigo otras".

⁴ D'ALEMBERT: *Mélanges de Littérature, d'Histoire et de Philosophie*. IV. Amsterdam, 1758: 1 y ss.

Después de estas ideas enciclopedistas, claro exponente de la realidad de su sentir, poco o nada réstanos por añadir a ello; en vista de lo cual, pretendemos apuntar otra de las notas características y de más trascendencia para la vida cultural y política del siglo XVIII. Es el anhelo permanente de cambio de lugar de los futuros cortesanos; parece que en ningún sitio se hallan a gusto, o que todos los países, en especial los de Europa, son su patria, si no de origen, al menos de adopción. Estos jóvenes, a poco de pasar la pubertad, estando aún su educación muy en mantillas y faltando bastante para completarla, se hacen acompañar por un preceptor docto, al menos en idiomas, y el cortesano en ciernes, corretea todos los caminos de Europa. Igual le vemos en Roma presenciando la coronación de un Pontífice, que en Germania asistiendo a las exequias de un Emperador, y no bien conocidos estos lugares, atravesando caminos reales, repasa los Pirineos, y hallándose en la ilustrada, pero nunca extremista España, visita el Alcázar Real, la Casa de Contratación sevillana, el puerto lisboeta, y casi sin comprender nuestro idioma, su ayo le gestiona un pasaje para Londres, donde no permanecerá tampoco una larga temporada.

¿Por qué se da este fenómeno en toda Europa?. Pregunta es ésta que se han formulado la mayor parte de los escritores de los siglos XIX y XX, viniendo todos a afirmar más o menos categóricamente, que es debido a una igual organización en todos los Estados, siendo casi todos una copia bastante exacta del modelo francés. De aquí que en la educación propia de cada país, viene a ser sensiblemente igual que la de cualquier otro. Helveius, vió con claridad esta actitud cuando en su obra *De l'Esprit* dice que: "El arte de formar a los hombres, en todos los países está tan estrechamente ligado a la forma de gobierno, que no es posible hacer ningún cambio considerable en la educación pública, sin hacerlo en la constitución misma de los Estados"⁵.

Parémonos un momento a analizar el nombre de un libro, que es como la piedra miliaria que nos dice: Aquí comienza el Siglo de la Ilustración y de las Luces; con *La Enciclopedia* va a ponerse el saber al alcance de todos, por lo que este libro será el máspreciado en todas las bibliotecas de los mecenas franceses.

¿En qué consiste la obra de los enciclopedistas?. B. Groethuysen, con la penetración y claridad de juicio que le caracteriza, dice que: "La obra enciclopédica es la toma de posesión, por los filósofos del siglo XVIII, de un mundo que en sí mismo permanecerá desconocido, y que aceptan como tal, renunciando a aprehender su realidad profunda. Se limitarán prudentemente a acumular hechos para disponerlos después en un orden enciclopédico, y una vez que sepan ordenados aquellos datos de que han hecho acopio, verán transformarse el universo de los objetos en algo conocido, en un conjunto de datos científicos, de hechos debidamente comprobados, en algo que el hombre tiene en su mano y que le pertenece"⁶.

Esto es en verdad lo que pretende la generación de los enciclopedistas, comprobar los hechos, tanto físicos como matemáticos, tenerlos en su mano y aprender de un modo tangible y real todo el macrocosmos que rodea al microcosmos que constituye el sujeto pensante. Es a mediados del siglo

⁵ HELVETIUS: *De l'Esprit*. Discurso IV, Cap. XVII. 1758.

⁶ GROETHUYSEN, B.: "L'Encyclopedie". *Tableau de la littérature française. Siglos XVII y XVIII*. 1939.

XVIII cuando adquiere verdadera pujanza este movimiento, que si volvemos un poco la vista atrás, se venía preparando desde hacía tres siglos, pues a mediados del siglo XV se inicia el movimiento literario-espiritual del Renacimiento, a mediados del siglo XVI llega a su punto álgido la reforma religiosa, y a mediados del siglo XVII el triunfo de la filosofía cartesiana cambia por completo toda la imagen del mundo. Ya madurado todo este movimiento casi ecuménico, por ser todos los países de la civilización occidental los que le experimentan, y universal por abarcar todas las ramas del saber humano, se marcha a la búsqueda del mundo de las apariencias, que como dice Hazard: "Se había convertido en lo único real. La Enciclopedia era, pues, pedida y exigida por el mismo espíritu del siglo"⁷.

Aquel mundo ansioso de saber y conocer, y carente de fijeza para dedicarse (como tres siglos antes hicieron los renacentistas) a un estudio profundo, detallado y exhaustivo, necesitan un libro adonde poder acudir a solventar cualquier duda de la más diversa índole y en donde con sólo leer unas líneas, que no les produzcan gran cansancio, tranquilizan su espíritu y salen del momentáneo atoladero en que se encuentran.

Otro fin no menos importante era el que se proponían los redactores de este Diccionario del saber; ellos, que habían abolido todo vínculo con los viejos años del siglo XVII, con su fe profunda y su visión estática del mundo, frente a la visión dinámica del XVIII, necesitaban un libro que enseñara y tuviera satisfechas las apetencias de sus innumerables lectores, pero también un libro que oponer a la Biblia, un nuevo credo frente al Credo católico tradicional; una *Summa* de conocimientos humanos, frente a la *Summa Theológica* de Santo Tomás, y una *Ciudad de los Hombres*, ya que los hombres del XVIII se llamaban "ciudadanos del mundo", frente a la *Ciudad de Dios* de San Agustín.

Con este nuevo "Diccionario", que excluye toda la transcendencia al más allá, se conseguirá afirmar la primacía y superioridad del hombre, del microcosmos pensante, sobre el macrocosmos existente para su utilidad. Las ciencias se ordenarán según su relación con el desarrollo que va adquiriendo su psicología. Así, Pope, en su *Ensayo sobre el Hombre*, dice: "El propio estudio de la humanidad es el hombre"⁸, idea esta compartida con Lessing, que afirma: "el más noble tema de estudio para el hombre, es el hombre"⁹, y nos hallamos de nuevo con aquel viejo precepto de "el hombre es la medida de todas las cosas". El "todo para el pueblo" de los déspotas ilustrados, de los regidores de las Naciones, se convierte en el sentir de los filósofos, literatos y científicos en "todo para el hombre".

Esta divinidad tan humana, por hallarse dentro de todos y cada uno de los seres y a quien se le hace un sitio en el altar ateo de los enciclopedistas, al lado de la diosa razón, pide una sociedad, una hermandad que cuide de su culto. El autor del código de esta sociedad es Adam Ferguson; su obra,

⁷ HAZARD, P.: "El pensamiento europeo del siglo XVIII". *Revista de Occidente*. 1946: 198.

⁸ POPE: *Essai on Man*. II. 9.

⁹ LESSING, TH.: *Obras*. XVIII: 25.

Un Ensayo sobre la Historia de la Sociedad Civil, es el primer libro en el que aparece la palabra "Sociología". En esta obra (como dice Hazard) Ferguson "declara que todos los testimonios que poseemos, desde los más antiguos a los más modernos, reunidos de todas las partes de la Tierra, no representan nunca a la humanidad, más que bajo las formas de bandas y de compañías, y hay que partir de este hechos; de suerte que Ferguson podría ser considerado como el fundador de la Sociología"¹⁰.

3. LA FILOSOFÍA

Esta organización social, espiritual e intelectual de la Ilustración no podía pasar de lejos a la Filosofía. Antes de analizar lo que constituye esta revolución enciclopedista en la Historia, veamos que significación tiene en la antigua "Ancilla Theologiae" o Filosofía, convertida hoy por arte de la razón, de sierva en señora y dominadora de todos los campos del saber, y de ella (árbol generatriz y tronco común de toda la cultura), se irán desgajando, cuando se consideren en estado de emancipación, todas las demás ciencias, tanto las ya consagradas con anterioridad, como las nuevas ciencias nacidas y criadas al calor de esta nueva corriente transformadora y reformadora de todo el saber.

Con gran agudeza apunta Ernest Cassirer en su obra *Filosofía de la Ilustración* cuando dice que: "D'Alembert caracteriza al siglo XVIII, como siglo filosófico, pero con no menos derecho ni menos orgullo acostumbra a designarse esta época también como siglo de la ciencia natural"¹¹. Fiel reflejo del auge adquirido por las ciencias encaminadas al estudio de la Naturaleza, son los años de 1660 y 1666, que si bien pertenecen a la centuria anterior, son las avanzadillas de lo que constituirá la clave del Siglo de las Luces, saludado ya a distancia por los eruditos del siglo precedente. Estas dos fechas claves del despertar de las Ciencias Naturales, son el 1660, año en que se funda en Inglaterra la "Royal Society", y el año 1666 es en el que por sugerencia de Colbert, a imitación de los sajones, se crea en París, "La Academie de Sciences", para dar impulso a estas parcelas del saber abandonadas por las generaciones anteriores.

Mornet, en su obra *Las ciencias de la Naturaleza en Francia en el siglo XVIII*¹² hace un análisis detenido de la evolución que experimentan los estudios científicos, no sólo en el plano de la mera ciencia de la naturaleza, sino inclusive, en su entronque con la Filosofía y más aún con la Teología. Baste sólo recordar el nombre del inglés Derham, autor de la *Théologie phisique* en 1726, seguida de la *Théologie astronomique*; poco después escribirán, Fabricius, su *Théologie de l'eau*, y Lesser, la *Théologie des insectes*. En el año 1680 Thomas Burnet escribe una obra titulada *Telluris sacra theoria*, seguida de otra a la que llamó *Archaeología philosohica*, salida al público en el año 1692. Los nombres de estos autores y los títulos de sus obras, nos llevan a situarnos en el siglo XVIII y considerar la radical transformación que se experimenta en la psicología

¹⁰ HAZARD, P.: *El pensamiento europeo... Op. cit.:* 209.

¹¹ CASSIRER, E.: *Filosofía de la Ilustración* .: 56.

¹² MORNET: *Les sciences de la Nature en france au XVIII siecle*. París, 1911: 31 y ss.

de estos individuos, que, casi sin esperarlo, se encuentran ante una ciencia nueva, ignota o al menos en mantillas hasta entonces, y ante una nueva religión, la religión de la razón. Con este doble problema, y con el deseo de ponerlos en conexión, se encuentra Buffón, cuando escribe en su obra *Épocas de la Naturaleza*, en oposición al sentido literal de la Biblia, y teniendo que someterse al dictamen de la Sorbona; en esta obra, como observa Cassirer: "Se traza por primera vez una historia física del mundo que se mantiene distante de toda clase de dogmática religiosa, y quiere apoyarse tan solo sobre los hechos observables y sobre los principios universales del conocimiento teórico de la Naturaleza"¹³.

Este choque rudo que parece amenazar los principios de la creación y formación del mundo, lleva aparejado una bibliografía en pro y en contra verdaderamente espléndida, por lo que no nos vamos a detener en ello, recordando tan solo, para que sirva de exponente a su época, el lema cartesiano: "Dadme materia y os haré con ella un mundo".

La filosofía materialista y racionalista de la Ilustración, abandonados los clásicos axiomas y derribado el antiguo edificio doctrinal, deja el terreno de sus propios conocimientos, y abarcando los problemas políticos, naturales, jurídicos y religiosos, se lanza a un saber omnicomprensivo, en el que estos principios tienen su apoyo, su desenvoltura, y sobre todo donde se forman, constituyendo su "soplo vivificador".

La Filosofía, tras abandonar los antiguos problemas abstractos "representa al espíritu en su totalidad, en su función pura, en su método específico de indagar y preguntar, en su método y en su marcha cognoscitiva"¹⁴.

Su símbolo es la razón y la ciencia, y su signo es la constante trabazón con el pensar mismo, superando con una audacia arrolladora, al mismo tiempo, todos los sistemas creados por las generaciones que les precedieron y todas las ideas lanzadas por sus principales representantes. Su anhelo insaciable de infinitud les lleva a saltarse, casi sin pararse a pensar en lo que hacen, todas las disciplinas sistemáticas, llevando con esto, al lado de su novedad y su empuje avasallador, el germen de su propia aniquilamiento y destrucción, si un nuevo cambio no la hace tomar nuevos derroteros.

¿Cuáles serán las fuerzas espirituales que gobiernen esta filosofía? Podríamos reducirlas a dos: la acción eficaz y generatriz de una parte, y el progreso incesante de otra. Aún actualmente se la presenta como una mezcla ecléctica de los motivos intelectuales más heterogéneos. Existe un nexo común o punto de convergencia y es el anhelo de superación que domina a todo el saber ilustrado. Ese orgullo de suficiencia, del cual tantas veces se les ha culpado, muchas veces en exceso, ha llegado a constituir a su alrededor una atmósfera de prejuicios, produciendo el apartamiento de esa Filosofía, por considerarla inconexa y carente de hilazón alguna.

El siglo XVIII es considerado por Cassirer como "el siglo que ha contemplado y venerado en la

¹³ CASSIRER, E.: *Op. cit.*: 60.

¹⁴ CASSIRER, E.: *Op. cit.*: 11.

razón y en la ciencia la fuerza suprema del hombre"¹⁵.

4. HISTORIA

En su anhelo insatisfecho siempre, de constante transformación, de cambio y renovación de ideas, despreciando los viejos conceptos históricos heredados de la Antigüedad, conservadas en el Medievo, y dadas nuevas formas por el Renacimiento, los ilustrados abandonaron la máxima ciceroniana de considerar a la Historia como "Testigo de los tiempos, maestra de la vida y luz de la verdad", máxima esta seguida fielmente hasta el siglo XVIII, momento en que "la Historia pasa a ser la conjunción de la racionalidad e irracionalidad entrelazadas. Si no fuera porque el hombre se gobierna a sí mismo, el régimen de las naciones sería tan perfecto como el del mundo natural, y la Historia podría ser lo que en efecto ambiciona: la Física del mundo humano"¹⁶.

Verdaderamente la Historia en el siglo XVIII toma una nueva forma, adopta una nueva característica diferencial como estudio del pasado. ¿En qué consiste esta revolución del pensamiento? Aunque ya entre los antiguos no faltan atisbos e intentos más o menos ahogados, es el Renacimiento el que, reformado y capacitado para atender a la realidad de los hechos humanos como estos se presentan, crea la auténtica Filosofía de la Historia, siendo los pensadores del siglo XVIII los que de un modo más eficiente han contribuido a la formación de un nuevo sentido del pasado y de una Historia de la Ciencia, preparando el terreno para la moderna concepción de la Filosofía de la Historia, como ve sagazmente Dilthey en su obra: *El mundo histórico y el siglo XVIII*¹⁷.

Vista la concepción de la Historia como estudio del pasado, detengámonos brevemente a analizar una probable causa, aparte del racionalismo, para la nueva concepción de la Historia; ésta es, el nuevo régimen imperante en toda Europa, eco fiel de la Francia de Luis XIV y que durará hasta la Revolución Francesa, reflejo último del Despotismo Ilustrado.

Desde la Rusia de Catalina II, pasando por la Prusia de Federico II, Nápoles del futuro Carlos III de España (heredero de su hermano Fernando VI), al Portugal regido por José I y Polonia con Estanislao Augusto, hasta las lejanas Dinamarca con Cristián VII y Suecia con Gustavo III, todas a imitación de Francia, imponen el Despotismo Ilustrado, el monarca con una camarilla, y por lo general, con un buen primer ministro. Baste recordar los nombres de Aranda, Pombal, Dutillet, Tanucci, etc., que gobierna a los pueblos, sin que a estos les quede otra disyuntiva que la obediencia ciega a sus monarcas.

En estos momentos de verdadera presión de los déspotas ilustrados, se va forjando lentamente la semilla de las nuevas ideas, que mancharán de sangre los tronos causando las guerras que desgarrarán la vida de la sociedad decimonónica.

Si bien es *La Enciclopedia*, la que con Denis Diderot a la cabeza, da en Francia vida e impulso

¹⁵ CASSIRER, E.: *Op. cit.*: 14, prolog.

¹⁶ NICOL, E.: *Historicismo y Existencialismo*. Méjico, 1950: 75.

¹⁷ DILTHEY, F.: *El mundo histórico y el siglo XVIII*. Méjico.

a la nueva concepción de la Historia, es fuera de Francia, en la alegre, soleada y milenaria Nápoles, donde el 23 de Julio de 1668, nace el genio de la Historia Moderna, el más puro y auténtico valor de la Filosofía de la Historia; es Giambattista Vico. Fue el primero en formular la conexión necesaria entre una Metafísica del hombre y las formas constantes que su acción en el mundo toman en el curso de los tiempos. "Mediante la Metafísica del género humano –nos dirá Vico en su *Scienza Nuova*–¹⁸ se halla el gran principio de la división de los campos, que es la fuente del dominio originario, de donde derivaron todos los dominios e imperios del mundo; de suerte que del modo en que aparezca realizada esta división de los campos, resultará así mismo haber acaecido el origen de los reinos".

Verdaderamente espléndida era la cultura de Vico, tanto en Filosofía como en Historia, siéndole familiares del mismo modo las obras de la Antigüedad Clásica, que las de sus coetáneos.

Paul Hazard¹⁹ nos da una semblanza acabada de la figura del autor de la Ciencia Nueva. Dice él que: "Tiene dos clases de inteligencia, la que comprende y la que crea. Su impetuosidad le hace salirse de los caminos que se ha trazado así mismo; abunda en metáforas, en visiones; quiere ser analítico y de repente procede por intuiciones sublimes. Demuestra, según las mejores reglas lógicas, y después, apresurado, desborda su propia demostración, menos a causa de la frondosa abundancia del tema que trata, que por la naturaleza de su espíritu. Obstinado, se repite; impaciente, va demasiado deprisa, y expone los resultados cuando aún no ha pasado de los principios; tiene la embriaguez de lo nuevo, de lo audaz, de lo paradójico, de la verdad descubierta bajo el cúmulo de errores, y al fin revelada al mundo por él. No posee el equilibrio clásico; fogoso, nervioso, hasta maniático, es el insatisfecho; nunca ha probado, corregido bastante su texto, precisado su pensamiento, impuesto a sus lectores sus maravillosos descubrimientos. Es tenaz; no es fácil, ni siquiera amable; es altivo, colérico; tiene conciencia de una superioridad de genio que sus contemporáneos no reconocen, no comprenden, y sufre por ello. Entonces redobla sus esfuerzos para persuadirlos; y entabla una lucha contra ellos y contra sí mismo. Tendrá que acabar por comunicarles su gran secreto, el de la Ciencia Nueva".

La novedad de esta Ciencia que atrae la atención de todos hoy, al publicarse e incluso casi setenta años después, pasaba inadvertida, sin ver sus coetáneos que el título de esta obra, vivo exponente de su contenido, era digno de un estudio concienzudo, tanto del problema de los ciclos culturales, como los del "corso" y "ricorso", como en general, de todos los nuevos problemas que plantea y aclara esta obra, que estuvo dormida durante tantos años en todos los países. En España también pasó bastante inadvertida, hasta que en sus conferencias de clase, el docto catedrático Dr. Montes Díaz, hace algunos años, la hizo cobrar nueva vida y la dio el vigor al que esta obra era acreedora, apareciendo después algunos comentarios a ella y siguiéndose hoy las directrices marcadas por este ilustre catedrático.

¹⁸ VICO, G.: *Scienza Nuova*. Libro II, cap. 15.

¹⁹ HAZARD, P.: *Crisis... Op. cit.*: 385.

El mismo Giambattista Vico nos dirá como llegó él a esta nueva ciencia, así como la utilidad e incluso necesidad de ella. Así se expresará en su *Principii di una Scienza Nuova intorno alla comune natura della nazioni*²⁰. "Desde el centro de esa noche profunda y tenebrosa que envuelve a la Antigüedad, de la que estamos tan alejados, vemos una luz eterna, y que no tiene poniente, una verdad que no se puede poner en duda; este mundo civil ha sido hecho ciertamente por hombres. Es, por tanto, posible, pues es útil y necesario encontrar sus principios en las modificaciones mismas de nuestro espíritu".

¿Por qué será nueva esta ciencia creada por Vico? Primero, lo será por la imaginación creadora que le da vida; segundo, por el método utilizado que es el método histórico; tercero, por su movimiento, pues cabalgando sobre las edades de la Historia, trata de hallar la realidad en los orígenes de la especie humana, y cuarto, porque es nueva en su esencia. Es el conocimiento del acontecer colectivo del ente que se crea y se conoce a la vez, y que encuentra la garantía de su certeza en la identificación del sujeto y el objeto. Es pues, la creción de la humanidad por la humanidad, registrada también por la humanidad. Este sentido de la Historia que nos presenta Vico, en los múltiples desarrollos y la profusión de ejemplos que por doquier se dan en su obra, se frustró por el racionalismo, denunciado por Roger Bacon en su *Novum Organum*²¹.

5. DIDEROT

Por hallarse ya estudiado tanto en monografías como en tratados generales a los historiadores de la Ilustración, vamos a fijarnos en un autor del renombre de Denis Diderot, y en una obra realizada a petición del Barón de Holbach, para introducción o prólogo a las obras completas, traducidas por La Grange, del filósofo cordobés Lucio Anneo Séneca. Diderot la dio el título de: *Ensayo sobre la vida de Séneca el filósofo, sobre sus escritos y sobre los reinados de Claudio y Nerón*.

No escatimó Diderot trabajo para el estudio de esta gran figura del filósofo hispano-latino, pues a parte de leer todos sus escritos, se documentó analizando con detenimiento los escritos de los historiadores coetáneos y en especial los de Tácito y Suetonio.

En esta obra no hemos de ver sólo una biografía del filósofo; es un estudio de la época y de los personajes de más relieve, así como una idea acabada de los emperadores anteriores a Nerón y del mismo Nerón. El afecto con que trata la figura de Séneca lo confiesa él mismo, pues tras cantar la familia, la ascendencia, la pureza de sangre y el lugar de nacimiento del filósofo, opone frente a la devoción que por Rousseau sintiera un censor de su tiempo, la suya por Séneca, expresándose en estos términos: "Cada uno tiene su santo; Juan Jacobo es el santo del censor, Séneca es el mío, con la diferencia entre nuestros santos que el del censor se ha prosternado secretamente más de una vez a los pies del mío, y con la diferencia entre el censor y yo, que el censor no ha vivido al lado de san Séneca, y que después de haber frecuentado diecisiete años la celda de san Juan Jacobo, con igualdad

²⁰ VICO, G.: *Principii di una Scienza Nuova intorno alla comune natura della nazioni*. (Primera Edición: 1725; *Prima Scienza Nuova*, Segunda Edición: 1730 ; *Seconda Scienza Nuova*).

²¹ BACON, R.: *Novum Organum*. Aforismo 45.

de sentidos, debo conocerlo un poco mejor que él. Quizá seamos dos fanáticos"²².

Muchas consecuencias se podrían sacar de estas palabras un tanto cargadas de orgullo, pero son fiel exponente de sus sentimientos senequistas y sobre todo de su devoción por Lucio Anneo.

A la tradicional pregunta que a primera vista se le ocurre a quien no analiza detenidamente las causas que le llevan a Séneca a adoptar la actitud que tuvo en la corte de Nerón, Diderot dirá: "En primer lugar ²³ hay que señalar que Nerón reinó doce años y que durante los cinco primeros fue un excelente emperador. Luego, preguntaré si el filósofo no merece bien del pueblo romano, el haberle ahorrado cinco años de calamidades y si un prodigio tan asombroso, no basta para sostener su esperanza y prolongar su paciencia". Esta actitud ante Séneca, es exagerada por dos motivos: primero, si Séneca no hubiera sido el preceptor y consejero de Nerón, lo habría sido Burro, dada la escasa edad del futuro tirano; y segundo, Séneca aconsejó fielmente al emperador, y dirigió bien los asuntos de Estado, pero vio al mismo tiempo con gran complacencia, repletarse de oro sus arcas y de esclavos sus amplias posesiones, mientras él preparaba los discursos a Nerón.

En su detenido estudio, Diderot, analiza con todo detalle las cartas de Séneca, tomándolas al pie de la letra, sin fijarse en que muchas de las cartas son sacadas de sus ideas filosóficas, más que de sus actividades políticas. Muchas de ellas, fueron escritas después de perdido el favor del monarca; casi cuando el agua del baño se estaba preparando para enrojecerse con su propia sangre, aún le quedan fuerzas y arrestos para escribir a los suyos, dándoles consejos sobre el modo de obrar entre la podrida sociedad romana, víctima de sus propios vicios y de la tiranía de su Emperador. Pues bien, Diderot²⁴ dice: "Séneca ha escrito mucho y no me asombra; tenía tanto amor al trabajo y estaba dotado de un genio tan fácil y tan fecundo, que él mismo se expresará en estos términos": "No paso un solo día ocioso. Concedo al estudio una parte de la noche; no me entrego al sueño, sucumbo a él; siento los ojos pesados, como si fueran a caer de las órbitas, sin cesar de mantenerlos pegados a la obra. Me he separado de la sociedad y he renunciado a todas las distracciones de la vida. Me ocupo de nuestros sobrinos; medito en algo que me sobreviva y que les sea saludable; son una especie de recetas contra sus enfermedades"²⁵.

No trata Diderot con la misma benevolencia a los demás personajes que discurren por su obra. Así, de Popea dirá: "La dulzura de sus encantos, escondía un alma atroz; era una Furia, bajo la máscara de las Gracias".

De Lucano, (el sobrino de Séneca, el joven de 26 años, que antes de fallecer víctima de la ferocidad del insaciable tirano, había escrito ya la Farsalia, y que víctima así mismo de la sociedad en que vivía, había perdido los principios humanos, incluso el amor a su familia) Diderot opinará peor que sobre Nerón, manifestando que Nerón para conservar el Imperio ha hecho matar a su ma-

²² DIDEROT, D.: *Vida de Séneca*. Buenos Aires, 1952: 107.

²³ DIDEROT, D.: *Op. cit.*: 76.

²⁴ DIDEROT, D.: *Op. cit.*: 209.

²⁵ SÉNECA, L. A.: *Carta VIII*.

dre. La acción de Lucano es aún más indignante; para conservar su vida, denuncia a Acilia, su madre. "Lucano: Podrías ser mayor que Homero, pero tu obra estará siempre cerrada para mí". En esta misma obra, intenta darnos una semblanza de Lucano, basándose en Tácito, con el cual se hallaba familiarizado Diderot.

Vemos justísima su actitud ante el autor de la *Farsalia*, pero creemos debe ser de igual forma condenado el Emperador, por considerar que lo condenable es el parricidio, y la falta debe ser medida por su valor intrínseco, no por razón del fin que se propone el que la realiza

Ya puestos en parangón estos dos parricidas, y analizada la figura del literato, veamos cómo considera Diderot al Emperador: "Nerón —dice— fue el único de los emperadores que tuvo necesidad de la elocuencia de otro. César, se colocó en la línea de los más grandes oradores. Augusto, tuvo el discurso pronto y fácil que conviene a un soberano. Nadie supo como Tiberio el valor de las expresiones; claro, cuando no era oscuro adrede. La cabeza perturbada de Calígula, no restó energía a su elocuencia. Claudio, se expresaba con elegancia cuando se había preparado"²⁶.

Tres cosas son de admirar en este pasaje: una, la certeza de los adjetivos que a cada uno de los Emperadores asigna; otra, el estudio tan acabado de estos mismo personajes, y la tercera, es el problema de los discursos leídos o aprendidos de memoria. Discursos hechos, bien por el Presidente de la Cámara o del Consejo, o por algún otro buen orador y político. Esta costumbre de la que Tácito²⁷ tanto se escandaliza, ha sido en los tiempos modernos costumbre de todos los monarcas y presidentes.

Hace Diderot un canto a los primeros años de gobierno de Nerón, cuando dice que: Se ha elogiado mucho el pesar que expresó Nerón por saber escribir, al tener que firmar la primera pena capital que se presentó. Encuentro en este rasgo hipocresía; admiro más a Nerón, cuando, compartiendo el Consulado con C. Antistio, al prestar los magistrados juramento de obediencia a las ordenanzas de los Emperadores, dispensó de él, a su colega.

Creemos más adecuado, el comentario de Aurelio Víctor, cuando pone en boca de Trajano, aquello de que: "Pocos príncipes pueden jactarse de haber igualado a Nerón, en los cinco primeros años de su reinado"²⁸. Ahora bien, como dice Diderot: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, ¿han sido culpables de todas las maldades de que se les acusa? Sobre todo, las pinturas de las infamias clandestinas de sus palacios ¿no han sido recargadas? En el fondo, los crímenes imputados son una parte del castigo legítimo de los crímenes cometidos.

Es sin duda Diderot, como hemos podido ver, aunque muy someramente, un hombre con gran sentido crítico de la Historia, aunque se deje arrastrar, como tantos otros, por el personaje central que está estudiando y abandone en la penumbra a los demás personajes que le rodean. Aún siendo Diderot poseedor de una gran personalidad en la crítica histórica, no por ello es el primero en la

²⁶ DIDEROT, D.: *Op. cit.*: 68.

²⁷ TÁCITO: *Anales*. Libro XIII, cap. III.

²⁸ AURELIO VÍCTOR: *De Caesáribus*. Cap. V.

Francia de la Ilustración.

6. VOLTAIRE

Es el creador de la historiografía racionalista y el representante típico de la burguesía francesa, trabajadora y sufrida, pero al mismo tiempo epicureista, ávido de placeres estéticos en un clima de tranquilidad política y prosperidad material, ofrecida a los ciudadanos por un gran hombre de Estado. Así viene a expresarse en su obra *El siglo de Luis XIV*.

Su imparcialidad nacional y política, podríamos, siguiendo a Fueter, expresarla con estas palabras: "Es más que nada cortesano. Se equivocaría uno claramente tomando su libro según el título, por un panegírico de Luis XIV. Es verdad, que por oposición a las noticias alarmantes y las negruras increíbles de panfletos ignorantes, ha empleado en su pintura, pinceladas ligeras que no compartía con la verdad histórica... Pero se abstiene al menos del adorno convencional del clasicismo. No incluirá discursos ni lugares comunes de moral. No intentó calcar su estilo sobre el de la Antigüedad. "El siglo de Luis XIV", no es solamente el primer libro de Historia que pretendió relevar en la masa de la tradición, los rasgos importantes para la Historia; es también el primero en el que el autor busca aclarar en cada nota, si el hecho que cuenta es nuevo, o se aleja del curso ordinario de las cosas"²⁹.

Aunque la cita pueda parecer larga, he preferido dejarla así, por el valor que tiene y por ser un vivo exponente del general sentir, no sólo de los apasionados seguidores de Voltaire, sino de todos los que con una visión clara, han sabido valorar su obra histórica. Creemos que Fueter, aunque justo en su juicio, es un poco excesivo, punto que sostenemos también ante el citado crítico, cuando al comentar *El ensayo sobre las costumbres* afirma que: "La misma Historia de la Edad Media, escribiéndola en grandes líneas. Buscó también aquí, poner la Historia Política en relación con la Historia Económica y Financiera, aunque ciertamente de una manera ligera y poco satisfactoria. Sin embargo, ha puesto una cantidad de ideas, en las cuales se han inspirado ya, los historiadores del nacionalismo. Su obra, como su título lo indicaba, era un simple intento, a menudo prematuro, y completamente insuficiente. En cambio, proponía por primera vez unos principios que cuidadosa y prudentemente aplicados, han aportado enormes progresos a la Historia"³⁰.

Ciertamente, Voltaire, en dos trazos firmes y con sagaz visión, presenta a todos los pueblos y todas las épocas y su objetivo es conseguido desde el primer momento. Su concepción de la Historia europeo-céntrica, seguida fielmente por sus discípulos, tanto franceses (que para bien decir y no tener que detenernos en enumerarlos, fueron todos los historiadores franceses de su siglo), como entre los ingleses, Hume, Robertson, y Gibbon, y entre los alemanes, Federico el Grande, Planck, Spittler y Schlözer, es continuada hasta la centuria decimonónica, siendo en los fines del pasado siglo y albores del presente, época de reivindicaciones, cuando cae la posición europeo-cén-

²⁹ FUETER: *Historie de l'Historiographie moderne*: 443.

³⁰ FUETER: *Op. cit.*: 445.

trica y todos los países, al haber conseguido ya su independencia como América, o tratar de buscarla como Asia y Africa, se sienten, al sacudir el peso del coloniaje, con ánimos para reivindicar su propia personalidad histórica.

Réstanos aún dos puntos que analizar. Estos son: su concepción de la Historia y su Filosofía de la Historia. En cuanto a: "La concepción de la historia en general se encuentra en él modificada. Hasta entonces, la Historia Antigua y la Historia Bíblica sobre todo, se habían mantenido en un claro-oscuro venerable; se había inconscientemente contemplado la Historia greco-romano con los ojos de la tradición retórica de la Antigüedad, y la Historia Bíblica con los ojos de los escritores eclesiásticos. Sobre la Historia de la Edad Media, los humanistas oficiosos habían proyectado un falso resplandor de sentimentalismo patriótico. La sobriedad incolora de la escuela erudita había sido una sana reacción, pero había suprimido la vida de la Historia"³¹.

Para terminar con el último aspecto, que es la Filosofía de la Historia y la concepción volteriana de la misma, digamos que Voltaire no era un gran metafísico; su especulación histórica mira al porvenir. Ha colocado a la Filosofía de la Historia a la cabeza de los esbozos sobre la Historia Antigua, que sirve de introducción a su *Ensayo sobre las costumbres*. A Voltaire, el pasado le interesa con vistas al futuro; hace historia, pero ésta tiene un sentido eminentemente pragmático y utilitario.

La idea auténtica del pensamiento de Voltaire, muy bien podríamos decir, (salvando antes la distancia que va de una frase a un tratado) que queda reflejada en la Introducción de su "Ensayo sobre las costumbres". Se expresa Voltaire en estos términos: "Siendo la naturaleza igual en todas partes, los hombres han tenido que adoptar necesariamente las mismas verdades y los mismos errores en las cosas que caen bajo los sentidos y que despiertan la imaginación. Dios nos ha dado un principio de razón universal, como dio plumas a los pájaros y pieles a los osos, y este principio es tan constante, que subsiste a pesar de todas las pasiones que lo combate, a pesar de los tiranos que quieren ahogarlo en sangre, a pesar de los impostores que quieren aniquilarlo en la superstición"³².

Voltaire, en la Historiografía, es el hito marcador de una época que se aniquila a sí misma y otra que será destruída por la Revolución Francesa. Es Voltaire con la victoria de *La Razón*, el que levanta la bandera para crear esta nueva época; así lo ve Benedetto Croce, al decir que: "Las repúblicas antiguas eran suprimidas para ejemplo de los políticos. Livio fue su fuente, como para los cristianos la Biblia; la religión, apagada o semiapagada en los ánimos de los hombres cultos, se mantenía para el pueblo como una necesidad, como una especie de instrumento de gobierno, como una forma de hacer desde Maquiavelo a Bruno. El sabio legislador o el *Príncipe* de Maquiavelo y el *Déspota Ilustrado* de Voltaire, ambos ideólogos de las monarquías absolutas, que durante cuatro siglos marcaron políticamente a Europa, sustancialmente eran afines; sin embargo, el político "cinquecentista", concedor profundo de las debilidades humanas y cargado de toda una rica

³¹ FUETER: *Op. cit.*: 447.

³² VOLTAIRE: *Ensayó sobre las costumbres*. Introducción. VI.

experiencia de la Historia de Grecia y Roma, estudiaba astucias y transacciones, donde el iluminista "settecentista", enorgullecido por sus nuevas y continuas victorias de *La Razón*, levantaba la bandera de ésta, y por ésta empuñaba la espada, sin sentir necesidad alguna de enmascararse"³³.

7. MONTESQUIEU

No quiero terminar esta reseña, sin hacer alusión a una de las figuras francesas que con más certera visión, supo percibir los fenómenos, que obligan a tomar nuevos derroteros al acontecer histórico. Este era, Montesquieu, el cual captó con más claridad que Voltaire, la imposibilidad de poner orden a la masa de los hechos históricos. Seguía un procedimiento exclusivamente empírico: "Varias cosas gobiernan a los hombres –dice– el clima, la religión, las máximas de gobierno, los ejemplos de las cosas pasadas, las costumbres, las maneras; de ahí se forma y resulta un espíritu general. A medida que, en cada nación, una de estas causas actúa con mayor fuerza, las otras ceden ante ella en proporción"³⁴.

Se expresa en términos análogos, en su obra *Pensée et fragmenta* al decir que: "Pocos hechos hay que no dependan de tantas circunstancias, que menester sería la eternidad del mundo, para que aconteciesen por segunda vez"³⁵.

Eduardo Nicol, en su obra titulada *Historicismo y Existencialismo*, interpretando el sentir de Montesquieu, manifiesta que: "La ley humana es contingente e histórica; la ley que expresa las relaciones causales, es necesaria y universal; pero la Historia misma se hace con el concurso de la una y la otra"³⁶.

Dos puntos son interesantes para nuestro estudio, en las obras de Montesquieu. Uno, el que desarrolla en sus "Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia", en donde sostiene como verdad incontrovertible, la igualdad de la naturaleza humana, diciendo así: "Como todos los hombres han tenido, en todo tiempo, las mismas pasiones, las ocasiones que producen los grandes cambios son diferentes, pero las causas son siempre las mismas"³⁷.

El otro punto es el que desarrolla en su *Romains*, considerando únicamente las grandes directrices históricas, no valiéndose de los accidentes más que para confirmación de sus principios, manifestando que: "Todos los accidentes están sometidos a causas, y si el azar de una batalla, es decir, una causa particular, arruinó a un Estado, había también una causa general que hizo que ese mismo Estado tuviera que perecer por una sola batalla. En una palabra, el movimiento principal lleva consigo todos los accidentes particulares"³⁸.

³³ CROCE, B.: *Teoría e Storia della Storiografia*: 240.

³⁴ MONTESQUIEU: *Esprit des lois*. XIX: 4.

³⁵ MONTESQUIEU: *Pensée et fragmenta*. II: 309.

³⁶ NICOL, E.: *Historicismo... Op. cit.*: 74.

³⁷ MONTESQUIEU: *Considerations sur les causes de la grandeur des romains et de leur decadence*. Consideración I.

³⁸ MONTESQUIEU: *Romains*. XVIII.

La visión histórica del autor del *Espíritu de las Leyes*, queda bien patente, por lo cual vamos a pretender, dar un resumen de la situación en que se encontraban todas las ramas del saber, en estos críticos días del siglo XVIII. Para tal resumen, se puede considerar que una de las plumas más autorizadas, es sin duda, la de Benedetto Croce, el cual en su obra *Teoría e Historia de la Historiografía*, se expresa en estos términos: "La Historia de la Filosofía abandona, cada vez más, el tipo de colecciones de anécdotas y sentencias filosóficas, con el fin de hacer historia de los sistemas, desde Bucker hasta Tiedmann. La Historia del Arte, se configura como un especial problema en la obra de Winckelmann y sus seguidores. La literatura, se condensa en los mismos libros de Voltaire y su escuela. El Derecho y las Instituciones, tiene en Francia representantes como Dubos y Montesquieu. La Economía y el Comercio, se separan de las secciones y digresiones históricas de los tratados de Economía y hacen cuerpo en la obra de Heeren"³⁹.

Es este mismo autor, quien siguiendo la teoría precitada de que la Revolución Francesa dio al traste con las ideas racionalistas del Siglo de las Luces, manifiesta que: "El triunfo y la catástrofe del Iluminismo, fue la Revolución Francesa. Esta fue al mismo tiempo, la catástrofe y la catarsis de su historiografía"⁴⁰.

³⁹ CROCE, B.: *Teoría... Op. cit.*: 232-233.

⁴⁰ CROCE, B.: *Teoría... Op. cit.*: 241.